

JOSÉ LUIS CORRAL
ANTONIO PIÑERO



TRONO EL MALDITO

Un rey, un imperio, un mesías.
La gran novela de los tiempos de Jesucristo

 Planeta

José Luis Corral
Antonio Piñero



El trono maldito

Ilustraciones del interior: Genealogía de Augusto, pág. 8 © Gradualmap / Genealogía de Herodes, pág. 9 © Gradualmap / El Imperio romano a la muerte de Augusto, pág. 562 © Gradualmap / El reparto de Israel con Augusto, pág. 563 © Gradualmap / Jerusalén en tiempos de Jesucristo, pág. 564 © Gradualmap / Plano del Templo de Jerusalén, pág. 565 © Carlos Martín

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Luis Corral, 2014
© Antonio Piñero, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2014
Depósito legal: B. 18.156-2014
ISBN: 978-84-08-13253-0
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Rodesa
Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE GENERAL

Genealogía de Augusto	8
Genealogía de Herodes el Grande	9

PARTE I

1. La ambición de Arquelao	17
2. Una Pascua agitada en Jerusalén	46
3. Una sorpresa en Roma	64
4. El tribunal de Augusto	78
5. Sabino en Judea	98
6. Las legiones de Siria	115
7. La decisión de Augusto	129
8. Los años de Arquelao	141
9. Los encantos de Glafira	150
10. Alejandro redivivo	163
11. Rut, la hija del sacerdote	178
12. Los apuros de Arquelao	193
13. Roma gobierna	205
14. La propuesta de Livia	219
15. El rapto de Herodías	247

PARTE II

16. El anuncio del Bautista	271
17. El precio de la sinceridad	282
18. El desquite de Aretas	303
19. El auge de Jesús	307
20. Poncio Pilato	320
21. Conflicto por Jesús	332
22. Informe a Pilato	347
23. Camino de Jerusalén	353
24. Un templo puro	374
25. El temor del Sanedrín	386
26. El Patio de los Gentiles	395
27. El proceso contra Jesús	415
28. Un suplicio de esclavos	433
29. La suerte de los enemigos	449
30. Las aventuras de Julio Agripa	464
31. Agripa ante Tiberio	486
32. La decisión de Calígula	510
33. El final de Pilato	528
34. La ambición de Herodías	532
35. El mundo de Rut	548
Nota de los autores	559
Mapa del Imperio romano a la muerte de Augusto ...	562
Mapa del reparto de Israel con Augusto	563
Plano de Jerusalén en tiempos de Jesucristo	564
Plano del Templo de Jerusalén, siglo I	565
Cronología	567
Personajes	569

LA AMBICIÓN DE ARQUELAO

La muerte del rey Herodes el Magnífico, *el Grande*, acaece en Jericó en el año treinta cuatro del principado de Octavio Augusto, que gobierna con mano firme el Imperio cuando se cumple el vigésimo séptimo aniversario de la calamitosa derrota de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla de Accio, la que supuso la exaltación de Augusto como único dueño de Roma.

La noticia del óbito del rey de Judea se expande por todo Oriente con la velocidad del viento. Al oírla, unos tiemblan de miedo al perder al caudillo que había gobernado con puño de hierro la tierra de Israel y había remansado las encendidas pasiones del pueblo judío; pero otros sienten alivio porque ha desaparecido un déspota caprichoso en el ejercicio del poder, lascivo e indecoroso en su vida personal e irreverente con las más sólidas creencias de la religión dictada por Moisés.

En los días que siguen a la muerte de Herodes son muy pocos los que se atreven siquiera a salir de casa; prefieren resguardarse en sus moradas en espera de acontecimientos. Los recuerdos del reinado del Magnífico resultan ser una mezcla de sensaciones contradictorias; lo recuerdan como un gobernante cruel, feroz y despiadado, pero también como un monarca glorioso y deslumbrante que ha construido ciudades y las ha equipado con edificios esplendorosos. La inquietud de

la mayoría radica en su más trascendente decisión: la elección del heredero al trono, dictada sólo cinco días antes de fallecer.

Salomé convoca en el anfiteatro de Jericó a los notables del reino, a los generales del Ejército y a los miembros de la casta sacerdotal. Muchos de ellos barruntan que han salvado la vida en el último momento, y que se la deben a la princesa.

Entre los asistentes se encuentra el viejo Nicolás de Damasco, el más cercano y leal consejero de Herodes. Junto a él está su secretario, el apuesto Agesilao, un sirio de elevada estatura, hermoso rostro y ademanes elegantes, que cada noche comparte su lecho y que ahora escucha atentamente a su señor.

—¿Qué va a ocurrir en cuanto se revele la voluntad de nuestro rey? ¿Qué harán los romanos, siempre tan ávidos de agregar nuevas tierras a su Imperio y nuevas riquezas a su tesoro? Mi corazón se aflige, amado Agesilao, ante la vista del trono vacío y la inestabilidad ante un futuro tan imprevisible.

Ni siquiera el anciano Nicolás, tan cercano a Herodes, sabe qué ha dejado escrito su antiguo soberano, y teme por su vida y por la de su amado secretario. Historiador y filósofo, conoce bien cuán mudable es el destino y cómo el capricho de los hados juega con la vida de los hombres abocándolos a una fortuna incierta.

La noche anterior apenas ha podido dormir; se ha levantado varias veces del lecho y ha vagado por las estancias de su casa intentando apaciguar su atribulado corazón. Ni siquiera la presencia de su joven secretario ha calmado su inquietud; el agradable sabor de una copa de vino rojo endulzado con miel tampoco ha serenado su ánimo. La larga noche ha transcurrido entre un sinfín de variados pensamientos, que lo han sumido en la más terrible de las incertidumbres.

Ahora, a la entrada del anfiteatro de Jericó, espera paciente la lectura del testamento; sabe que el futuro está escrito, y que poco puede hacer para cambiarlo. El momento tan esperado se acerca y lo único aconsejable es aguardar a que todo se precipite.

—¿Quién será el elegido? —pregunta Agesilao a Nicolás mientras descienden las escaleras del graderío y toman asiento entre los miembros más ilustres del pueblo judío.

El viejo consejero real mira a su joven amante y se emociona ante su cautivadora belleza.

—Herodes ha dejado una muy numerosa descendencia, tanta que cualquier judío menor de cuarenta años podría ser su hijo. Resulta imposible saber a cuántas hermosas jóvenes ha dejado preñadas nuestro señor a lo largo de su vida; demasiados pretendientes para que la sucesión se produzca con la tranquilidad deseada, demasiadas esposas legítimas para aspirar a que alguno de sus hijos sea el designado, demasiados intereses para que el relevo en el trono se produzca de manera pacífica. —Hace una breve pausa y deja escapar un suspiro quejumbroso—. De entre todos los príncipes nacidos de sus esposas, creo que se inclinará o bien por Antipas o por Arquelaos, los hijos de Maltace, su sexta mujer legal. Al menos ésa fue mi recomendación cuando hace cinco días demandó mi opinión en el lecho de muerte. De sus diez esposas y de sus decenas de amantes, esa bella samaritana es la que más ha influido en los últimos años en las decisiones del rey. Aunque, en verdad, lo que deseo es que agrade a los romanos.

—¿Crees acaso que se producirá una intervención militar si el testamento contiene una resolución contraria para sus intereses?

—Es probable. Roma jamás consentirá que las tribulaciones de una pequeña nación desestabilicen su flanco más expuesto en el extremo oriental de su Imperio. Sin duda, se aproximan tiempos muy agitados para Israel, aunque espero que este pueblo tenga la sabiduría necesaria para encauzarlos.

Una vez ubicados los principales del país en sus respectivas posiciones, en el palco real del anfiteatro aparece Salomé. La hermana del rey viste una túnica de seda negra, ajustada como una segunda piel a la rotunda sinuosidad de sus pechos y caderas. Luce sus negros cabellos recogidos en un alto moño sujeto por un grueso filamento dorado. La acompaña Alexas, su oscuro marido.

Un secretario demanda con voz recia la atención de los asistentes y anuncia la presencia de la princesa, a la que presenta, modulando sus palabras, como «hermana y albacea de nuestro amado y llorado rey Herodes».

Salomé se adelanta entonces unos pasos y se sitúa en el centro del palco, como si se tratara de la más célebre de las actrices. Pasea su mirada con calculada lentitud sobre los allí reunidos y alarga su brazo invitando a su marido Alexas, que hasta entonces se ha mantenido en un segundo plano, a que se coloque a su lado.

—Mi esposo, Alexas, y yo misma hemos sido designados por mi hermano el rey Herodes albaceas de su voluntad real —dice la princesa con voz firme y solemne—. Su último deseo fue que todos los judíos cumplamos su testamento y que nos mantengamos unidos en torno a sus designios.

Tras este anuncio, Salomé se gira hacia atrás e indica con un gesto a Ptolomeo, el encargado de las finanzas reales y guardián del sello, que se acerque.

El tesorero real avanza unos pasos hasta colocarse a la altura de Salomé y de Alexas; inclina la cabeza ante la princesa, abre un pequeño estuche de madera tallada y desenrolla un pergamino. Aguarda unos instantes y, tras una indicación afirmativa de Salomé, comienza a leer:

—Yo, Herodes, de la casa de David, por la voluntad del Señor Nuestro Dios, rey de Judea, manifiesto mi agradecimiento al Ejército de Israel, por la fidelidad y la obediencia que me ha profesado durante todos y cada uno de los años de mi reinado. Y en justo reconocimiento ordeno que se repartan cuatro siclos de plata a cada oficial y dos siclos a cada soldado.

»Os pido también que juréis lealtad a vuestro nuevo soberano, porque ésa es mi decisión, y que lo obedezcáis como si de mi misma persona se tratara.

»He decidido que mi sucesor en el trono de Judea y el nuevo rey de todos los judíos sea mi hijo Arquelao, a quien engendré en el vientre de mi esposa Maltace.

Ptolomeo hace un alto en la lectura del testamento. Por las

gradas del anfiteatro se extiende un murmullo que enseguida desata numerosos aplausos y vítores al nuevo rey.

Salomé alza su mano derecha y pide silencio para que se pueda escuchar el resto del testamento real.

—Prosigue la lectura, Ptolomeo.

—Designo, como segundo heredero al trono, a mi hijo Filipo, concebido por mi esposa Cleopatra, nacida en Jerusalén, nuestra ciudad sagrada, y le concedo las regiones de la Gaulanítide, Batanea y Traconítide, con el título de etnarca. A mi hijo Antipas lo nombro procurador y tetrarca de Galilea y Perea. Lego mil talentos de mi tesoro al César Octavio Augusto, emperador de Roma, y quinientos a su esposa Livia, como muestra de amistad hacia el pueblo romano, con el que deseo la paz eterna.

A continuación, Ptolomeo detalla el reparto de propiedades que el rey Herodes deja a sus hijos, esposas y sobrinos; entre las posesiones reales abundan los palacios, dinero, rentas, haciendas y joyas. A Salomé le entrega una cuantiosa cantidad de dinero y el gobierno de la región de Gaza, en la zona costera mediterránea del sur de Israel.

—Ésta es la voluntad de Herodes el Grande; todos los juicios debemos acatarla —asienta Salomé.

—Tengo que advertir —interviene entonces Ptolomeo— que, de acuerdo con nuestro tratado con Roma, las cláusulas contenidas en este testamento no podrán ser ejecutadas hasta que se produzca la aprobación del César.

—Así será —asiente Salomé; y quienes la conocen perciben en su rostro un leve gesto de contrariedad.

Un ronco clamor surge de las gradas, entre vítores y deseos de larga vida al nuevo rey, y gritos que auguran un glorioso futuro para Israel.

Arquelao es un príncipe que goza de simpatía entre los comandantes del Ejército, pues le suponen la misma fuerza y energía que a su padre. No es uno de los príncipes más conocidos por el pueblo judío, pero... ¿qué importa lo que piense la masa? La gente aplaudirá y obedecerá al sucesor designado por Herodes. Un pueblo no es nada sin un rey.

Salomé se acerca al nuevo soberano, que permanece sentado, sonriente, en la primera fila del graderío, y lo abraza con afecto.

—Querido sobrino —le dice esbozando una sonrisa—, mi alegría es inmensa al conocer que tú has sido el elegido. La designación de tu padre no ha podido recaer en nadie mejor que tú. Cuando estaba decidiendo a quién nombrar su sucesor, yo siempre lo animé a que fueras tú. Le aseguré que eras el más preparado y el que mejor garantizaba el futuro de Israel. Afortunadamente, me hizo caso, y ahora eres el rey de todos los judíos.

Arquelao se limita a sonreír a su tía y a saludar alzando el brazo ante los vítores de los congregados en el teatro de Jericó. Todavía no es plenamente consciente de que se acaba de convertir en el nuevo señor del trono de David y Salomón.

Antipas, el hermano menor del designado, se muerde el labio inferior al escuchar el testamento. Su corazón albergaba la esperanza de ser el elegido. Tiene que fingir y mostrar su rostro más amable al mirar a su hermano e inclinar ante él la cabeza acatando la voluntad paterna. Pero en el fondo de su alma considera que él debería ser el nuevo rey de Israel.

Salomé ordena entonces a Ptolomeo:

—Los funerales del rey tienen que estar a la altura del gran gobernante que ha sido mi hermano.

El cadáver embalsamado de Herodes es trasladado por un solemne cortejo de carros, escoltado por jinetes engalanados y sacerdotes, desde el palacio de Jericó, donde se ha custodiado el cuerpo sin vida durante varios días, hasta la ciudad santa de Jerusalén, donde se celebran las honras fúnebres de aquel a quien algunos ya llaman *el Grande*. La ceremonia ha de ser acorde a las costumbres de los judíos, para que no quede la menor duda de que su rey ha sido el mejor garante de la identidad del pueblo, y que su sucesor desea continuar siéndolo.

En Jerusalén se celebran las exequias por un período de siete días, durante los cuales se guarda luto oficial. Decenas de plañideras, vestidas con túnicas negras, son contratadas para que los gritos de dolor y las escenas de desgarró y lamento no

se interrumpen en ningún instante. Numerosos sacrificios se ofrecen ante el altar del Templo, en el que no cesan de entregarse ofrendas y animales a los sacerdotes. El final de las ceremonias fúnebres culmina con un banquete funerario en honor a la memoria de Herodes el Grande, al que son invitados los más nobles miembros del pueblo judío.

Salomé asiste en silencio a la comida. Hace tan sólo una semana que, tras escuchar el testamento, ha mostrado en el teatro de Jericó su lealtad hacia su sobrino Arquelao, y lo ha abrazado en presencia de los nobles, los sacerdotes y los comandantes del Ejército. Pero sus sentimientos van en otra dirección; considera que Antipas, hijo también de la samaritana Maltace, está mucho mejor dotado para ocupar el trono de Judea. Además, Arquelao es rocoso como una peña, y Antipas, más moldeable, escuchará mejor sus consejos.

En el alboroto del banquete, cuando el vino causa ya estragos entre muchos de los asistentes, en Arquelao especialmente, y las lenguas comienzan a soltarse, Salomé busca a su sobrino Antipas con la mirada, y cuando lo encuentra se acerca hasta él. Lo coge del brazo y lo aparta a un rincón solitario del salón, donde pueden hablar lejos de oídos indiscretos.

—Querida tía, el testamento de mi padre me perjudica mucho. Inesperadamente ha troceado el reino. Esto no es lo acordado. Me dijiste, me prometiste, que mi padre se decantaría por mí, que yo, el príncipe Antipas, sería el designado para ser el nuevo rey de Israel. ¿Qué ha ocurrido?

—Baja la voz. —Salomé escudriña con sus hermosos y profundos ojos negros si hay alguien cerca que pueda oírlos—. Tu padre me aseguró, tras ordenar la ejecución de Antípatro, que tú eras el elegido y así iba a figurar en su segundo testamento, pero debió cambiar de opinión en el último instante. No sé qué le pudo ocurrir, pero te juro que haré lo que sea necesario para que tú seas el rey.

Los ojos de Salomé brillan maliciosos, y su mirada apacigua al atribulado Antipas, que apenas puede disimular su malestar. Él, que ya se veía rey, al escuchar las cláusulas del testamento sintió como si un puñal acerado y frío penetrara en lo

más hondo de sus entrañas. Durante los días pasados ha guardado la compostura y ha procurado que no se notara la enorme contrariedad que lo aflige.

—No admito ese testamento; yo debo ser el rey.

—Ése es también mi deseo, querido sobrino, pero hemos de actuar con suma cautela. Tu hermano Arquelao no me gusta, y temo mucho lo que pretenda hacer en los próximos meses.

—Soy un mar de dudas. No puedo tolerar la idea de perder el trono para siempre, pero ¿qué puedo hacer?, dime, tía, ¿qué puedo hacer?

—De momento serenarte y no precipitarte en decisiones que te puedan arrastrar a cometer un grave error. Ahora las prisas y la ansiedad son las peores consejeras. —La voz de Salomé serena al excitado Antipas—. Israel tiene un nuevo rey, pero tu hermano no cubre el vacío que deja la muerte de Herodes. Somos como un navío en medio de una tempestad que ha perdido al experto piloto que lo mantenía a flote; ahora, la nave de Israel tiene a un nuevo piloto al timón, pero nadie confía en que sea capaz de conducirla a un puerto seguro.

—Dispongo de fieles aliados que me ayudarán a conseguir el trono.

—Y muchos más que se unirán a ti si decides disputar la herencia de Arquelao.

—Mi hermano se ha ganado abundantes enemigos.

—Yo te ayudaré a sentarte en el trono de tu padre.

—De acuerdo. Esto es un pacto firme. ¿Qué has pensado?

—Enviaremos un mensajero a Jefté, el hijo de Menahén, con instrucciones para que comiencen a organizarse —propone Salomé—. Él sabe cómo alentar a las masas, sobre todo a los fariseos, que esperan a que salte cualquier chispa para rebelarse.

—No te arrepentirás, querida tía, y te aseguro que si triunfo en mis propósitos, tú tendrás mucho que ganar.

En la penumbra del rincón al que se han retirado, el perfume de Salomé se hace más intenso. Antipas abraza a su tía por la cintura y la acerca hasta que sus cuerpos quedan apre-

tados uno junto al otro. Sus labios se rozan primero y después se funden en un beso profundo y largo, y la lengua de Salomé se desliza con habilidad en el interior de la boca de Antipas antes de separarse.

Acabadas las exequias en el Templo, una colorida comitiva formada por los recios arqueros tracios, la Guardia Real de Judea, dos batallones de mercenarios germanos de las feroces tribus de francos y alamanes, más quinientos esclavos cargados con ánforas llenas de ungüentos y de perfumes de variados aromas, desfila hacia el sur, camino del Herodión, el exótico palacio situado sobre un abrupto cerro en cuya empinada ladera se ha excavado la tumba donde se conservarán para siempre los restos del rey.

El cadáver embalsamado de Herodes, aromatizado de continuo con los aceites y perfumes que portan los esclavos, tarda casi un día entero en ser trasladado desde Jerusalén hasta el Herodión, apenas nueve millas al sur, justo donde comienza el desierto. Una docena de soldados de la Guardia Real se va turnando a cada milla y carga sobre sus hombros el catafalco con el féretro de láminas de oro repujado con perlas y piedras preciosas y adornado con telas de color púrpura. El cadáver real, vestido también de seda púrpura, porta una corona de oro en la cabeza y el cetro en la mano derecha.

En el lugar donde Herodes derrotó a los partos y a los partidarios de los asmoneos, también conocidos como macabeos, con Aristóbulo II a la cabeza, y cimentó su reino, bajo el palacio-fortaleza erigido en conmemoración de esa victoria, se depositan los restos del gran rey. Él mismo ordenó construir ese lugar, pues temía que a su muerte saquearan su tumba, como ya ocurriera con la del rey David.

Al pie de la colina, entre jardines y terrazas, cientos de soldados alineados en una especie de estadio, al inicio de la monumental escalinata de blanquísima piedra, cantan salmos de triunfo y agitan sus lanzas en homenaje al soberano que los condujo a la victoria en tantas batallas.

Finalizados los funerales y enterrado Herodes en el sepulcro del Herodión, Arquelao tiene prisa por ejercer como soberano y aparecer investido de toda su majestad ante sus súbditos. Decide hacerlo de la manera más solemne y efectiva, y para ello congrega en el patio del Templo de Jerusalén, el santuario nacional de los hebreos y su lugar más sagrado, a todos los notables del pueblo, a fin de transmitirles sus propósitos de gobierno. El rey designado, aunque todavía no ratificado por Augusto, se viste para la ocasión con una túnica de lino sagrado, absolutamente blanca; sale del palacio que habitara su padre y se dirige a pie, rodeado de la Guardia Real, hasta el Templo.

Conforme se va acercando al recinto sacro, avanzando a grandes pasos, los jerusalemitas lo saludan con vivas y gritos emocionados. «¡Felicidad y buena suerte en tu tarea!», gritan unos; «¡Viva el hijo del gran Herodes!», lo ovacionan otros; «¡Ventura y sabiduría al rey de Israel!», «¡Que el Señor Nuestro Dios guíe tus pasos y Su ley dirija tus designios!», claman los más piadosos ante las puertas del Templo.

La manifestación pública del poder suele causar en los gobernados un efecto similar al del vino. Ya nadie recuerda al Herodes de mano severa y firme. Ahora todos esperan que el hijo del tirano, que camina seguro hacia el bendito montículo de Sión, los gobierne con acierto y traiga paz y felicidad a la tierra de los antepasados.

Arquelao tiene veinte años. Como la mayoría de los retoños de Herodes el Grande, es de elevada estatura y recia complexión, moldeada por el ejercicio físico y la práctica de la equitación.

Es un hombre apuesto y su sonrisa bien ensayada provoca una sensación cálida y agradable. La nariz prominente, el rostro fino y anguloso y los pómulos marcados lo dotan de un aire de grandeza y majestad. El cabello abundante, de color castaño, resalta sus ojos agrisados, en los que se vislumbra un presagio de implacable e insensible crueldad.

En el transcurso de los funerales se ha mostrado pesaroso y abatido, expresando en cada momento gestos de amargura y

de tristeza, como si la muerte de su padre hubiera compungido su corazón y su alma hasta el extremo.

Pero esas expresiones públicas de dolor no han sido sino representaciones teatrales ante un público que imagina difícil. Amante de fiestas regadas con buen vino, hombre sensual y lujurioso, durante el duelo por Herodes no ha dejado de celebrar, en la intimidad de su palacio, alegres banquetes rodeado de las más voluptuosas bailarinas. Sus allegados más íntimos lo han visto regocijarse con las hetairas y las más hermosas de las cortesanas, alardear de la gloria que su reinado va a traer a Israel y celebrar la muerte de su padre brindando con finos caldos de Siria en copas de oro y plata.

A pesar de la tristeza que manifiesta en público, Arquelao se encuentra feliz al saberse el rey de Israel, el soberano del pueblo elegido por Dios, el primer hombre de un linaje de profetas, jueces y reyes, el dueño de una nación asentada desde hace siglos en la Tierra Prometida, una nación destinada por Dios para regir todas las demás naciones y que ahora tiene la oportunidad de gobernar a su antojo. Y siente que toda la gloria del mundo está al alcance de sus dedos.

Al llegar ante la puerta del magnífico santuario reconstruido por su padre, Arquelao se detiene unos instantes. Admira el enorme complejo levantado a lo largo de veinte años por cientos de esclavos, con sagradas piedras talladas por las manos de mil sacerdotes. Contempla los poderosos muros, levantados con bloques de piedra tan largos como seis hombres y tan altos como dos. Sube los peldaños de la monumental escalinata que con sus tres grandes tramos salva mediante un enorme arco la diferencia de altura entre la calle y el Pórtico Real, equivalente a la de diez hombres.

Observa a los congregados por su llamada y escucha sus alabanzas y sus vítores. Aspira con fuerza el aire fresco de la mañana, alza sus brazos y se siente dueño de cuanto lo rodea. Con paso firme, atraviesa el umbral de la puerta de bronce remachada con apliques dorados y el pórtico de soberbias columnas de veinticinco codos de altura. Cruza el primero de los patios hasta llegar a un amplio atrio pavimentado con losas

bien pulidas, también rodeado de pórticos con columnatas. Es el llamado Patio de los Gentiles, porque sólo hasta él tienen permitida la entrada. Por ser el más amplio, se suelen congregar allí los judíos más importantes, los cabezas de las familias más notables del reino.

Al frente está el sanctasanctorum, con su tejado de láminas doradas que refulgen al sol como centellas de luz. Él, Arquelao, es el dueño de todo aquello, el soberano de cuantos rezan en el Templo al Dios de los judíos, el Señor de todo lo creado.

Tras cruzar el patio con paso decidido, bajo cuyo pavimento se extiende una red de cámaras y salas abovedadas que conforman un verdadero laberinto subterráneo, Arquelao saluda con el brazo en alto a los allí reunidos y toma asiento en un gran sillón de madera forrada con láminas de oro, ubicado en uno de los lados, sobre un estrado de madera de cedro de tres codos de altura, bajo un dosel de seda dorada que flamea suavemente agitado por la brisa. Permanece unos instantes sentado mientras el clamor de la multitud amaina y los vítores disminuyen hasta que se hace un silencio expectante.

Acalladas las voces, Arquelao se levanta y dirige sus primeras palabras como rey de Israel al pueblo reunido, cuyos corazones parecen estar fundidos en un único latido.

—Mi padre, el muy llorado rey Herodes, decidió que yo sea su heredero en este trono sagrado y su sucesor al frente de Israel. Pero no ignoráis que, por los tratados firmados con Roma, es su emperador quien tiene el privilegio de ratificar esta decisión. Estoy esperando que llegue la confirmación del César y, en tanto que eso ocurra, no utilizaré el título de rey. Guardaré los pactos con Roma y esperaré a que Augusto dicte su resolución.

El pueblo, que asiste callado a aquella manifestación de subordinación del rey de los judíos al Imperio de Roma, asiente a la decisión. La mayoría considera que es un gesto de prudencia, y que deben cumplirse los tratados para evitar la ira de la poderosa Roma; pero algunos creen que el hijo de Herodes, el heredero de la tradición de Israel, no debe someterse

de un modo tan servil a un emperador extranjero. El judío es el pueblo elegido de Dios, y sólo Dios debe decidir su destino, como siempre ha sido, desde los tiempos del padre Abrahán, del guía Moisés, del profeta Elías o del rey David.

Los más pragmáticos van más allá de la mera prudencia: saben bien del poder de Roma, de la fuerza de sus legiones y de la voluntad firme de sus generales por conseguir el dominio del mundo. ¡Nadie puede vencer a Roma! ¡Dios está ahora al lado del Imperio! Tal vez sea ése el deseo del Señor, que el pueblo judío quede sometido al Imperio para castigar así los pecados cometidos por Herodes durante su reinado, por no haber sabido comprender el mensaje divino y haber permitido el gobierno de un monarca déspota y contrario a la ley sagrada. Y por ello convienen en que lo que ahora interesa al pueblo judío es un tiempo de paz y de sosiego; creen que Arquelao puede ser el soberano que dé paso a esa nueva época que traiga la tranquilidad a Israel.

—En tanto la ratificación de Augusto no llegue —continúa Arquelao su discurso—, tampoco admitiré portar la diadema real como símbolo de mi condición. Sé que el Ejército desea que la use, porque como rey vuestro también soy el jefe supremo del Ejército de Israel, pero no la ceñiré en mis sienes y renuncio, de momento, a este honor. Pero todos podéis estar bien seguros de que me comportaré como vuestro rey, y mi voluntad será firme para que podáis sentirnos orgullosos de vuestro soberano. Juro por el Dios de Israel que me esforzaré por ser mejor gobernante que mi excelso padre, y vuestros ojos me juzgarán por ello. Y os prometo que si ha habido injusticias y agravios, yo los resolveré y acabaré con ellos.

—¡Dios bendiga al ungido de Israel, nuestro rey! ¡Bendito sea el vientre que te gestó y los pechos que te amamantaron! —Un grito alborozado, emitido por una garganta femenina, interrumpe el discurso de Arquelao.

Un clamor general estalla entonces en el Patio de los Gentiles a la vez que se elevan los brazos de la multitud agitándose como ramas de palmeras mecidas por el viento.

—¡Haz justicia ahora mismo, mi señor! —propone una voz.

—¡Escucha nuestras súplicas, oh, buen rey de Israel! —dice otra.

—¡Oye nuestras demandas, rey de los judíos! —clama una tercera.

—¡Concedéndonos tu misericordia!

—¡Resuelve las demandas de tu pueblo!

—¡Ahora, ahora!

Todo un coro de voces reclama ser escuchado por el rey que ha prometido solventar las injusticias.

La situación se complica repentinamente; las promesas de Arquelao son asumidas por el pueblo, que demanda una inmediata intervención. El monarca no tiene más remedio que aceptar. Solicita silencio y consiente en escuchar las peticiones de algunos de los allí reunidos.

Una a una, decenas de personas exponen al rey sus quejas y le solicitan favores. Unos le piden que disminuya los impuestos sobre la tierra, que ahogan a los campesinos y abocan a la miseria a sus familias; otros le ruegan que libere a los presos, enviados por su padre a la cárcel, que se están pudriendo en diversos penales del reino por manifestar ciertas reservas sobre su forma de gobernar; algunos mercaderes le proponen que rebaje el porcentaje de las tasas sobre las compras y las ventas en los mercados. Nadie quiere perder la oportunidad de exponer sus demandas al rey.

Con un gesto solemne de la mano, e inclinando ligeramente la cabeza, Arquelao parece consentir todas las peticiones. No sale de sus labios ningún rotundo no. El pueblo se muestra contento.

Concluido el discurso, Arquelao avanza hacia el interior del Templo, donde asiste piadosamente, rodeado de su corte de acólitos, al sacrificio vespertino. Los sacerdotes ofrecen el *tamid*, el holocausto perpetuo, cuya víctima es un cordero, un animal inmaculado, sin defecto alguno. El sacerdote lo degüella según las normas y lo deposita sobre el altar, donde se quema en señal de absoluta sumisión a la divinidad. El holocausto se acompaña de una oblación de flor de harina finísima, amasada con aceite puro, en la que se han mezclado unos granos

de incienso, y de una libación de vino, parte de la cual se vierte sobre la víctima, y otra parte a los pies del altar.

El sacrificio se ha cumplido; los sacerdotes acatan la voluntad de Herodes y aceptan a Arquelao como el legítimo sucesor. Israel, a falta de la ratificación del emperador de Roma, vuelve a tener su propio rey. Al parecer, el trono de Judea será ocupado sin problemas...

Ese mismo día llega a manos de Arquelao una carta de Publio Quintilio Varo, el legado imperial en la provincia de Siria. El representante de Augusto, que ejerce la tutela sobre la tierra de Israel, manifiesta su consentimiento en que el sucesor de Herodes se haga cargo, en tanto llegue la ratificación de Augusto, de la administración de Judea en las mismas condiciones que su padre.

Orlado con el beneplácito del legado imperial, Arquelao convoca a los gobernadores de las doce toparquías, las provincias en las que su padre dividió la tierra de Israel para su mejor gobierno y en recuerdo de las doce tribus. Todos permanecen en sus puestos expectantes ante las decisiones que adopte el nuevo soberano.

—De momento, todo va a seguir igual —les comunica con ademán imperativo, que ha estado ensayando antes de la cita—. Viajaré a Roma para entrevistarme con el emperador Augusto y, entre tanto, es necesario mantener la calma, el orden y la autoridad en cada jurisdicción. Debemos evitar a toda costa que se produzcan tumultos y altercados que puedan alterar la estabilidad del reino.

»Si cada uno de vosotros quiere seguir manteniendo su puesto al frente de su provincia, debe procurar que todo siga en paz hasta que yo regrese de Roma.

Arquelao duda. Sabe que ha ganado el primer envite y que nadie le ha discutido públicamente sus derechos al trono. El testamento de Herodes ha sido rotundo y concluyente: él es el rey designado, el legítimo sucesor en Judea; pero duda. Conoce a sus hermanos y recela de ellos. Son hijos de varias madres,

y cada una de ellas quisiera ver a su retoño sentado en el trono del progenitor común. Y del que más sospecha es precisamente de su hermano menor, Antipas, hijos ambos de la misma madre. Han crecido juntos, se han ejercitado en la palestra, han estudiado con los mismos maestros, han competido en carreras de caballos y en el tiro con arco; se conocen muy bien y Arquelao sabe de la ambición que anida en su corazón.

Acabada la sesión plenaria con los doce gobernadores, se reúne aparte con los tres que considera más leales a su persona y les habla con toda claridad:

—En mi ausencia, es probable que alguno de mis hermanos encabece alguna conjura para eliminarme. En ese caso, confío en vosotros para que la cortéis de raíz y acabéis con cualquier brote de insurgencia. En tanto Augusto no ratifique las cláusulas del testamento de mi padre, no puedo considerarme rey de Israel en plenitud, de modo que legalmente y a los ojos de Roma el trono sigue vacante. Si me apoyáis en lo que os digo, me acordaré de vuestra ayuda, y cuando regrese de mi visita al emperador os tendré muy presentes en mis decisiones como rey de Israel.

—No te preocupes, señor, nadie se alzaría contra ti en tu ausencia —dice uno de los tres gobernadores.

Arquelao respira más tranquilo. Todo está saliendo bien y las perspectivas que atisba en Roma son excelentes. El legado de Siria ya ha aceptado que pueda administrar el reino como sucesor de su padre, Augusto no tiene motivo alguno para negar la ratificación del testamento, el pueblo lo ha aclamado en el atrio del Templo, los doce gobernadores parecen estar de su lado y ninguno de sus hermanos ha hecho el menor movimiento.

Pero Arquelao mantiene sus dudas. Está seguro de que Antipas hará cuanto pueda para apoderarse del reino. No en vano se rumorea que en un testamento anterior el heredero designado había sido el propio Antipas, quien era más querido por su padre.

La solución definitiva a tantas angustias está en Roma. Arquelao necesita que la ratificación imperial se produzca cuan-

to antes. Si la ambición de su hermano desencadena una lucha por el poder, Israel quedará abocado a la sumisión absoluta al Imperio, o peor aún, a la desaparición de las instituciones seculares del pueblo judío.

De momento, su pequeño país no es una molestia grave para Roma, pero si estalla una guerra civil, está seguro de que el emperador no dudará en liquidar la autonomía de Judea y en incorporarla a sus dominios. Y si eso se produce, el pueblo judío desaparecerá para siempre, subsumido en el maremagno de pueblos, tribus, naciones y estados fagocitados por la expansión romana. Pero Antipas es ambicioso y no se resignará a ocupar un papel de segunda fila a la sombra del soberano reinante. Arquelao tiene que pensar rápido y actuar con celeridad y eficacia; sólo así podrá evitar una previsible confrontación directa con su hermano.

Salomé y Antipas, por su parte, no pierden el tiempo. Ambos tienen decidido derrocar a Arquelao y convocan a sus más fieles seguidores. Agentes de Antipas se introducen entre la multitud que llena los patios del Templo y conspiran para que el pueblo judío reniegue de su nuevo soberano.

Jefté, hijo de Menahén, es el principal agitador al servicio de Antipas. Esa mañana se dirige al Templo y se rodea de algunos descontentos, sobre todo fariseos. Los patios del gran santuario de Jerusalén se convierten en improvisados foros para el debate, en los que se forman corrillos de gente que discute acaloradamente sobre el provenir del pueblo de Israel.

—El futuro rey, si es que algún día llega a serlo, tiene que demostrar su buena voluntad con algo más que amables palabras de paz y dulces deseos de felicidad. —Jefté se ha colocado en un rincón del Patio de los Gentiles y desde allí discurrea con encendida animación a cuantos se han arremolinado para escucharlo.

—Arquelao no es como su padre —grita uno de los oyentes.

—Tal vez, pero ¿acaso creéis que se enfrentará a los romanos? Lo primero que va a hacer es viajar a Roma para rendir

pleitesía a Augusto. Y no me cabe duda alguna de que el águila imperial volverá a colocarse sobre las puertas del Templo. —Jefé se refiere al episodio acontecido poco tiempo atrás que convulsionó a los judíos y que se mantiene fresco en la memoria de todos—. Recordad cómo dos de nuestros rabinos más prestigiosos, Judas y Matías, fueron ejecutados por Herodes. ¿Y cuál fue su delito? ¡Cumplir nuestra Ley! Se dijo que habían incitado a un grupo de jóvenes para que destruyeran el águila dorada que por orden de Herodes se había colocado sobre la puerta de la entrada principal de este Templo. —Guarda unos instantes de silencio para que la memoria del oprobioso incidente regrese al recuerdo de todos sus oyentes.

—Los judíos nos gobernamos por leyes ancestrales, y los fariseos somos el pueblo de la Ley. Siempre hemos odiado a los reyes —grita una voz.

—¡Y no volveremos a tolerar imágenes paganas en el Templo! —exclama otra.

—El águila fue destruida por voluntad de Dios —continúa Jefé, consciente de que está comenzando a lograr sus propósitos—. Recordad aquel día, de grata memoria para todos los siervos del Señor nuestro Dios. Aquellos valerosos jóvenes, guiados por la piedad y la fe, se deslizaron por esos tejados y colgados de unas maromas derribaron a golpes de hacha el águila, cuya presencia ofendía a todos los judíos.

—¡Sí! Lo recuerdo muy bien. ¡La efigie pagana cayó al suelo y ahí mismo fue hecha añicos por los que estaban en esos momentos en el Templo! ¡Muchos vitoreaban a los jóvenes valientes que la habían abatido! —exclamó una voz.

—Es probable, hermanos, que algunos de los que me oís estuvierais aquel día en este mismo lugar y contribuiríais a destruir ese ídolo del mal.

—¡Yo sí estuve! Y volvería a hacer lo mismo si se presentara una ocasión semejante —grita uno de los presentes.

—Y eso mismo haríamos todos los judíos de buena fe, todos cuantos sentimos en nuestro corazón la sagrada herencia de nuestros ancestros que vagaron por el desierto en busca de la Tierra Prometida. Pero ¿qué hizo Herodes, nuestro rey?

—demanda Jefte a los que lo escuchan, cada vez en mayor número—. Ese tirano consideró que la destrucción del águila dorada constituía un grave insulto a su persona y a su autoridad y desencadenó una carnicería entre su propio pueblo. ¿Cuántos de los nuestros murieron aquellos días infaustos?, ¿diez, tal vez doce? Ni siquiera las súplicas de piedad y el perdón que algunas mujeres solicitaron sirvieron para aplacar la ira del cruel Herodes, quien condenó a muerte a los dos rabinos acusados de incitar a los jóvenes. ¡Eran maestros muy queridos por el pueblo!

—Si Arquelao ha aprendido la lección, se comportará de modo diferente a como lo hizo su padre —interviene uno de los reunidos.

—¿Estás seguro de eso? Yo, Jefte, hijo de Menahén, deploro el asesinato de los rabinos y de los que murieron a manos de Herodes por defender nuestras costumbres y mantener este sagrado recinto libre de imágenes paganas. Exijo que se haga justicia y que se castigue a los consejeros reales que provocaron aquellos asesinatos.

—¡Justicia, justicia! —clama uno de los agentes de Antipas y Salomé, mezclado entre la multitud.

—Sí, hermanos, justicia y venganza. ¿Sabéis que los ejecutados por Herodes ni siquiera han recibido las honras fúnebres que merece todo judío? ¿Cabe mayor ofensa a Dios?

Voces de protesta se alzan en el patio como un único clamor. Unos piden venganza, otros injurian al fallecido Herodes llamándolo perro y traidor. Algunos se golpean el pecho y gimen lastimosamente recordando al amigo o al pariente muerto por orden del viejo y lascivo tirano.

Conforme crece la indignación, Jefte sonríe. Ya son más de un centenar los que gritan y se indignan ante sus proclamas.

—¡Vengamos a los defensores del santuario! —grita el agente de Antipas, que logra aumentar la indignación de la masa.

—Ha llegado la hora de exigir justicia. —La voz de Jefte suena a cada momento más tronante, como la de un patriarca anunciando la inminencia del Juicio Final—. Los miem-

bros del consejo de Herodes que alentaron la ejecución de nuestros compañeros deben pagar por sus crímenes y rendir cuentas por las maldades que cometieron. ¡Sangre por sangre!, como exige nuestra Ley. Acabemos con los malos juicios. Exijamos la deposición del sumo sacerdote, que permitió aquellos asesinatos sin rebelarse contra la injusticia. Busquemos otro que ocupe el puesto con la dignidad que tan alta magistratura religiosa exige.

—¡Venganza, justicia! —Son las dos palabras que a voz en grito reclama la multitud.

—Con el cambio de soberano tenemos la oportunidad de lograr que desaparezcan de la corte las impúdicas costumbres griegas que introdujo Herodes. ¡Nunca más consentiremos que vuelvan a celebrarse representaciones paganas en el teatro de la ciudad de David! ¡Jamás se repetirán los espectáculos ni los juegos en el hipódromo para mayor honra del César romano! Jerusalén, la sagrada Jerusalén, retornará a ser la ciudad santa del rey David, la sede del santuario del rey Salomón, el campamento puro de la ciudad de Dios. —Jefé, entre aclamaciones, alza los brazos y mira al cielo.

En el Patio de los Gentiles son ya más de quinientos los congregados. Algunos agentes de Antipas anuncian por los alrededores del Templo lo que está ocurriendo en el patio, y varios mercaderes cierran sus tiendas para acudir a escuchar a Jefé, que habla con la vehemencia del más iluminado de los profetas. Por toda la ciudad se corre la voz de que en el santuario se está reclamando justicia y venganza para los rabinos Judas y Matías, los responsables de la caída del águila, a los que muchos consideran defensores de la dignidad del pueblo judío.

Las noticias del tumulto llegan hasta el palacio real, donde Arquelao está reunido con sus consejeros debatiendo sobre las reformas a poner en marcha con la nueva administración del reino de Judea.

—Señor, en el Templo se está fraguando una inesperada revuelta, y ni el sacerdote responsable de su seguridad ni los guardias a sus órdenes están haciendo nada para evitarlo. Un

numeroso grupo de personas, sobre todo fariseos, está congregado en el Patio de los Gentiles. Reclaman venganza por la ejecución de aquellos dos rabinos de su secta —informa a Arquelao uno de los oficiales de la Guardia.

—Que los disuelva la policía del Templo —se limita a ordenar Arquelao.

—No es posible, señor, son más de quinientos, y su número crece sin cesar. De seguir así, puede estallar una violenta sedición.

—¿Qué quiere esa chusma?

—Además de reponer el buen nombre de los dos fariseos y de los demás ejecutados por el asunto del águila, exigen el cumplimiento estricto de nuestra religión, que se observen escrupulosamente todas las costumbres del pueblo judío y que se destituya de inmediato al sumo sacerdote.

—Malditos rebeldes. Si tuviera tiempo para ello, yo mismo me acercaría ahora al frente de la Guardia hasta el Templo y acabaría de un plumazo con esa horda de fanáticos.

—Pero te esperan en Roma, señor. Además, no puedes permitirte en estos momentos un baño de sangre, y menos todavía en vísperas de que te reciba el César para ratificarte como rey —le aconseja uno de los presentes.

—Tienes razón. Sería perjudicial que me presentara en la Urbe con un reguero de sangre a mis espaldas. Augusto desea que Oriente permanezca en paz. Dicen que demasiados problemas tiene ya en el limes de Germania como para que se le abra un nuevo frente al este del Imperio. Pero no puedo acudir a Roma dejando latente un conflicto en mi reino.

Los consejeros presentes asienten ante las palabras de su soberano.

—Señor, ¿no consideras extraño este repentino estallido de violencia, precisamente ahora? —pregunta uno de los consejeros.

Arquelao, que conoce bien a los judíos, sabe que hay numerosos grupos de fieles piadosos que exigen el cumplimiento de la religión de manera mucho más estricta, y que están descontentos con la manera de gobernar que ha ejerci-

do su padre; y entre ellos están los fariseos. Del hijo esperan un comportamiento mucho más acorde con la Torá, la Ley, y que no repita los vicios y perversiones de Herodes. Ahora más que nunca, es precisa la paz, una paz que calme las tensiones en el seno de Israel y que abra una larga época de tranquilidad y prosperidad. Pero la pregunta de su consejero despierta los viejos fantasmas de Arquelao. ¿Quién está detrás de esa revuelta que acaba de producirse en el Templo? *Cui prodest?* ¿A quién beneficia ese tumulto en unos momentos tan delicados para el reino? Y piensa en Augusto, Antipas, Salomé...

La pregunta de Arquelao parece tener una fácil y única respuesta: Antipas. Sí, su hermano menor sería sin duda el mayor beneficiado en caso de que una revuelta le arrebatara el trono.

En esas circunstancias no puede viajar a Roma; no puede dejar su reino desamparado. Si se marcha y en su ausencia se produce una rebelión encabezada por Antipas, Augusto jamás lo ratificará, pues habrá mostrado una debilidad y una falta de caudillaje que lo marcarán como inútil para gobernar el reino. Reflexiona deprisa; la mente de Arquelao se agita intentando dar con una solución al dilema. Concluye al fin que no tiene más remedio que dialogar con los revoltosos.

—¿Quién es el cabecilla de ese tumulto? —pregunta Arquelao al mensajero que ha informado de la revuelta.

—Se llama Jefté, y dice ser hijo de un tal Menahén. Por lo que he visto, la gente lo escucha con fervor y aclama cada una de sus propuestas.

—Regresa al Templo y habla con ese Jefté en mi nombre. Dile que depondré al sumo sacerdote y que lo sustituiré por otro más piadoso.

Al oírlo, algunos de los miembros del Consejo abren los ojos como platos..., pero asienten. El oficial de la Guardia Real sale presto hacia el Templo, donde los rebeldes se han hecho fuertes y amenazan con salir de allí e imponer, comenzando por la capital, la ley de Dios que consideran que ha sido mancillada.